

PRESENTACIÓN

Voluntad de diálogo. Miradas transversales y pensamiento crítico

Román Reyes¹

EMUI_Malta Rector · EMUI_Complutense Director

Regístrese como composición (pictórica o musical, arquitectónica, si se quiere) la memoria de un espacio, obligadamente de tránsito, refuerza la voluntad de diálogo, que no es otra que la voluntad de creatividad y cultura (como huella y como proyecto). Una cultura de la tolerancia, de la generosidad y del agradecimiento. Una cultura de la responsabilidad. Sólo así son pensables plataformas de convivencia democrática con un mínimo de estabilidad. Social y estéticamente hablando la arquitectura mediterránea es, por eso, provocadora (blasfema, a veces): se mezcla la carne con la piedra (con las bendiciones de los dioses o sus demiurgos), tomando como socorrido soporte luz y sonidos, colores y armonía singulares. Y complejas formas, que *muestran*, atrapan y seducen (al poblador y al visitante).

En el Mediterráneo las perspectivas son otras: Las palabras y las cosas no se excluyen. Porque, si bien no se ha agotado aún el tiempo de la asignación unidireccional, ha empezado a invertirse el proceso: para que a las cosas no corresponda necesariamente un nombre que les asigna un valor excluyente y limita su movilidad, acotando su circulación. Hace tiempo que la vigilancia detecta que son las cosas las que tienden a elegir su propio nombre.

Estrategias de encuentros, presupuestos de diálogo, la ciudadanía digital emerge más allá de las formas de identidad no transferidas, latentes. La identidad (*forma de vida*) se valida ahora, paradójicamente, según el grado de des-arraigo. El reconocimiento y encuentro es en el ciberespacio. Los gobiernos diseñan estrategias de gestión y control regulando la información y el consumo (incluidas las emociones, el placer), devaluando los soportes locales, reduciéndolos a anécdotas poco relevantes. Lo que importa no es el *efecto frontera*. Importa tan sólo lo que selectivamente se exporta. El valor de la producción se fija *fuera*, más allá del interés de sus productores. El precio lo imponen unas impersonales *leyes del mercado*. La legitimidad se apuntala en metalecturas de textos, fundados originariamente en la experiencia y en las

¹ Román Reyes es Licenciado y Doctor en Filosofía, Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Catedrático de Ciencias Sociales y Jurídicas en la Universidad Complutense de Madrid, desde 1975 explica Filosofía y Ciencias Sociales, y Sociología del Conocimiento y de la Cultura. Exbecario Max-Planck en el Institut für Sozialforschung, Frankfurt M., funda en el año 2007 el Instituto Universitario de Investigación Euro-Mediterranean University Institute EMUI_UCM, que desde entonces dirige, soporte del [EMUI_EuroMed University \(Union for the Mediterranean\)](#), con sede en Lecce-Salento (Italia), institución de la que es su actual Rector. Ha publicado 27 libros, entre los que destaca el *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*, 4 vol, Ed. Plaza y Valdés, Madrid-México 2009 ss. y un centenar de artículos en revistas científicas. Fundó y desde entonces viene dirigiendo las siguientes publicaciones periódicas: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, ISSN 1578-6730, publicación científica de la UCM, Madrid 1999 ss, y *Nomads. Mediterranean Perspectives*, ISSN 1889-7231, Edición bilingüe: Inglés con traducción a otra lengua de la UE o de la zona EuroMed, Plaza y Valdés, Madrid-México 2009 ss, órgano oficial del EMUI.

fluctuantes posiciones. Frente a los acontecimientos, frente a los relatos que *acreditados* actores perpetúan recreándolos.

El uso de *lenguajes particulares* es igualmente una anécdota. Sólo el discurso digital tiene valor vehicular de cambio y uso. Nada se desplaza por canales o pasillos autóctonos, intransferibles (no *globalmente* de-codificables). Capitalismo del conocimiento: industrias culturales en una sociedad que subordina el conocimiento a la información excluyente que vende. Los pasajes conducen siempre a parte alguna (conocida e impuesta) y generan mapas que calcan *aventuras* no-soñadas-despierto, al margen de las notas de viaje, de los libros de bitácora. Las notas de viaje: voluntad de fragmento que determina una composición literaria, fragmentariamente determinada. Los libros de bitácora: voluntad de aventura que los fragmentos cohesionan. O la realidad-otra vista desde posiciones localmente no-contaminadas, deformadas (re-construidas), desde meta-posiciones y espacios culturalmente contaminados.

Desde nuestra particular ventana anónimos observadores siguen, sin embargo, contemplando el mismo paisaje. A veces, desolador. *Todo el ritmo de la vida pasa por este cristal de mi ventana... y la muerte también pasa...* (León Felipe). El ritmo de la (nuestra) vida lo marcan directores de orquesta que no hemos elegido: Se impone releer a Hans Jonas para que el principio de responsabilidad determine la ética de los comportamientos en una civilización irremediamente tecnológica. ¿Reconocer que nuestras miradas son confluyentes será algún día testimonio de regeneración?

Los media vomitan información a un ritmo que impide su discernimiento y, por tanto, su asimilación. Tal vez es eso lo que se persigue: establecer una escala de prioridades en la que no ocupen lugar destacado los problemas más directamente vinculados a la ciudadanía: El micro-cosmos de los sentimientos y de la voluntad, la fuga invertida, la tensión irresuelta.

La memoria de los (neo) *think-tanks* es una memoria interesadamente reconstruida, sospechosamente olvidadiza. Sus informes son re-escrituras que niegan alevosamente las correspondientes fuentes, simulando objetividad. Son los modernos *pensadores orgánicos*, que intentan transmitir sensación de normalidad discursiva: Es preciso pensar un *pensamiento no-contaminado, único*. Impensable, por tanto, ya que nadie puede asumir el riesgo de pensarlo como propio.

El pensamiento contemporáneo o es crítico o no es postmoderno. Aunque postmoderno sea un término gratuito, porque jamás fuimos modernos. *Viena fin-de-siècle* no es sólo un prometedor tiempo de resistencia (o un punto de partida). Más allá de la ruptura (por simbólica, no menos efectiva), el Siglo XX en Europa es el siglo del silencio trágico: una ciudadanía asustada, desencantada e incrédula, que, por sentirse traicionada, se arriesgó a negar con Nietzsche a Dios. Para poder afirmarse a sí misma. *Negar a Dios es negar la negación del hombre*, había escrito Feuerbach. Una humanidad frágil e inestable, desgarrada, que entendió muy bien a Primo Levi. Porque el cuerpo perdió su identidad (y con ella, su dignidad), porque el sujeto dejó de ser motor de la transcendencia o pretexto para localizarla, nadie se aventuró a reconocer en sí mismo al otro que había sido. Porque era incapaz de olvidar esa mirada trágica fue preciso guardar silencio, a lo largo del siglo, como acto de rebeldía.

Cuando, en tiempos de crisis, se habla hoy de *reforzar* la idea de Europa conviene recordar que las fuentes del pensamiento europeo son múltiples y complejas. Incluso esa Europa profunda, lugar común de historiadores y periodistas (teólogos y filósofos, arquitectos y pintores), no se entendería hoy sin el mestizaje cultural que le identifica. Y no se trata sólo de interpretar el impacto de procesos migratorios que facilitan (en mayor o menor grado) la integración en los espacios geopolíticos de acogida. Procede ser valientes y reconocer lo obvio: la sensibilidad mítico-religiosa (a veces más solapada que manifiesta) hacia sensibilidades colindantes, como el Islam, es irreversible. Sin una aproximación recíprocamente dialogante, aún más, sin un diseño cómplice sería imposible hablar hoy de (pensar) una Europa del o para el Siglo XXI.

El Mediterráneo, tensamente permeable, es frontera o pretexto para que no fluyan intereses pretendidamente antagónicos. Esa frontera se diluye si lo que fluye son intereses económicos, más desde el Sur hacia el Norte que a la inversa. Más del Este al Oeste. Europa, sin embargo, es impensable sin el Mediterráneo, crisol de culturas que conviven a diferentes niveles de tensión. El Mediterráneo y todo lo que a lo largo de la historia se ha filtrado (en direcciones plurales, divergentes) recorriendo sus aguas.

Cuando a la reivindicación se llama primavera se interpreta mal (y se valora poco) el riesgo de quienes alzan su voz para decir *basta*: basta ya de (neo)colonialismos más encubiertos que explícitos. Es una lucha contra la pérdida de la identidad y de la dignidad, macabro *proceso de normalización* importado desde una Europa incapaz de vender modelos de cohesión (incluido el económico).

Miradas transoceánicas. Otra forma de flujo, otros espacios para verificar si el viejo orden (europeo) del discurso sigue siendo válido para transformar interpretando. Si la praxis sólo es consecuencia de la *fortaleza* de las teorías que se exportan o, por el contrario, de las que se generan en diálogo con la acción y las condiciones del entorno. América Latina es un laboratorio-reserva (por razones lingüístico-culturales, por ser huella/memoria de la historia de Europa, vista desde el Norte hacia el Mediterráneo, o al revés)

Se teme lo que no se conoce, especialmente si lo no conocido puede cuestionar la integridad de lo que se posee o tras lo que se oculta la impotencia, cuando no la intolerancia o la nula voluntad de diálogo.

El diálogo es entre opuestos. Decir vecino no es necesariamente señalar al enemigo. La educación es un recurso democrático que contribuye a que ese diálogo sea posible. Dialógico es cualquier programa que ofrezca visiones (aunque dispares, complementarias), sin renunciar a posiciones que garanticen la integridad o señas de identidad originarias. Hay diálogo, por tanto, sólo entre oyentes de la palabra, no pronunciada o hasta ahora no escuchada. La palabra originariamente pronunciada, oculta tras textos recurrentes, es el fundamento de cualquier posterior discurso con voluntad de fluidez. Siempre y cuando sepamos leer desde posiciones de respeto. Siempre y cuando lo que trasciende no se subordine a lo inmediato. La educación es, por tanto, proceso y objetivo, pero también un irrenunciable *a priori*, una exigencia más allá de cualquier interés coyuntural. La cultura se convierte así en la huella tras la que

se reconoce al hablante, tras la que reconocemos a cualquier otro que esté a la escucha.

El Siglo XX fue, sin embargo, el siglo de la toma de conciencia de género, el siglo de la reivindicación de identidad (y de los derechos negados que de esa identidad emanan) por razón de género. Por eso ser feminista es un estilo de vida. Estilo de vida específico si se es, al mismo tiempo, creyente y practicante. El feminismo islámico (por ejemplo), fuera del espacio cultural que se le supone, emerge y resiste en un entorno político-ideológico y socio-cultural manifiestamente agresivo. Trasnochado y olvidadizo entorno que proyecta su conflicto endogámico para identificar el mal en lo que supuestamente le excluye o amenaza. Cuando los pilares de la propia identidad se tambalean tiende uno a transferir las causas: el enemigo está fuera. Habrá que buscarlo o crearlo. Para combatirlo y, si es preciso, aniquilarlo.

Cuando hablamos de feminismos (a menudo desde beligerantes posiciones de clase) estamos hablando de colectivos (más de mujeres que de hombres), geográfica y socialmente localizados, en la mayoría de los casos, marginados. Aunque resistentes.

Porque uno se reconoce en el otro (y su entorno) o porque a partir de eso otro uno puede hacerse reconocer. Si lo otro deja de temerse, cuando aquellos que enriquecen el medio con lecturas diferentes son escuchados: Europa estaría más cohesionada (política, económica y culturalmente más fuerte) si admite que el feminismo islámico no es una estrategia oculta o malévola, ninguna solapada forma de colonialismo. La lucha por la igualdad y la dignidad de las mujeres es más fuerte y eficaz si sus mentoras amplían y diversifican su campo de actuación. Ser feminista y musulmana es posible, porque no son términos excluyentes. Y de ello tiene todavía mucho que aprender el feminismo clásico europeo. Aunque las necesidades y aspiraciones no siempre sean confluyentes. Aunque puedan ser diversas las perspectivas, encontradas acaso las estrategias. El objetivo último sigue siendo el mismo: que el riesgo de exclusión, persecución o muerte no sea mayor por el simple hecho de haber nacido mujer.

El objetivo último de esta publicación sigue siendo el mismo: que el riesgo de exclusión, persecución o muerte no sea mayor por el simple hecho de haber nacido bajo *circunstancias excepcionales*, en *otra parte*, en *zonas de conflicto*. Escenarios de tensiones que dejan de serlo *formalmente* con la intervención (impuesta) de agentes externos. Quedan (se reprimen) otros (paralelos) escenarios-micro de tensiones (no visibles, torpemente transferibles) que no se resuelven porque un macabro silencio institucional pesa sobre ellos. Porque esa distancia que acredita a los gestores de lo público ante sus legítimos titulares ha de ignorarlos para justificar su oficio. Así ha de entenderse la *normalización neoliberal*. Ése es el equilibrio (incoativamente tenso) que se nos impone. El objetivo último de esta publicación es, en consecuencia, denunciar esta *insoportable levedad*, este (aparentemente estable) estado de cosas.

Madrid/Malta, Octubre del 2011